



REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Browning, Christopher: *Remembering Survival. Inside a Nazi Slave-Labor Camp*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 2010.

Esteban González Rittler

UBA

ritgon@gmail.com

La obra que aquí se presenta constituye la culminación transitoria de un trabajo anticipado en anteriores artículos de Christopher Browning¹ que tuvieron como eje y problema inicial el tratamiento de los testimonios orales de distinto tipo en pos de llevar a cabo una historia del Holocausto. En un primer momento, el esfuerzo del autor se orientó hacia la recuperación e interpretación del testimonio de los perpetradores; es decir, de aquellos individuos que fueron responsables —directa o indirectamente— de la aplicación de la Solución Final, así como de sus consecuencias.² Este esfuerzo desembocó, en el año 1992, en la publicación del controvertido y ya clásico *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*.³ Sin embargo, en momentos de forma paralela, aunque con mucho mayor

1 El autor, nacido en 1944 en Estados Unidos de América, es doctor en historia por la Universidad de Wisconsin-Madison, y se desempeña como profesor de Historia de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill.

2 Del original, publicado en 1992, hay una versión en español: Browning, Christopher R.: “Memoria alemana, interrogación judicial y reconstrucción histórica: escritura de la historia de los autores a partir del testimonio de posguerra”, en Saul Friedländer (ed.), *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007, pp. 47-67.

3 Browning, Christopher R.: *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, Harper Collins, 1992 (hay versión en español: Browning, Christopher R.: *Aquellos hombres grises. El batallón 101 y la*

énfasis luego de la publicación de *Ordinary Men*, Browning cambió el eje de su análisis hacia el testimonio de los sobrevivientes como aporte a la historia del nazismo en general y del Holocausto en particular,⁴ a la vez que intercaló estos trabajos con otros de más amplio alcance.⁵ Asimismo, y solo por el momento, no concentró sus esfuerzos en el tercer tipo de testimonio: aquél que no pertenece a perpetradores ni a víctimas, sino a los espectadores.⁶

La empresa encarada por Browning es doble: por un lado, busca someter a consideración el valor que los testimonios orales tienen a la hora de hacer historia; por el otro, se propone construir, a partir de una determinada cantidad de esa clase de testimonios, una historia particular (entre tantas otras) del Holocausto: la del conjunto de campos de trabajo forzado ubicados en el pueblo incipientemente industrializado de Starachowice, ubicado 150 km. al sur de Varsovia, en el Gobierno General de la Polonia conquistada por la Alemania nazi. Respecto de lo primero, el autor sostiene que la importancia de los testimonios de posguerra ha sido subestimada enormemente, desde el punto de vista empírico y factual. La subvaloración de este tipo de fuentes con respecto a otras, particularmente las escritas, se debió a que en términos metodológicos no se supo distinguir lo auténtico de aquello que era factualmente exacto.

En efecto, sostiene Browning, la falta de sentido crítico con que se encararon los testimonios orales de sobrevivientes (debido a la renuencia a poner en tela de juicio su autenticidad, es decir, la sinceridad del testigo) terminó por desprestigiarlos y, en última instancia, redundó en su descarte como fuentes privilegiadas para la investigación académica del Holocausto.

solución final en Polonia, Barcelona, Edhasa, 2002). Este libro generó, en su momento una polémica mediática e historiográficamente prolífica respecto del uso de las fuentes del Holocausto —particularmente las que provienen de los perpetradores del genocidio— y su interpretación con otro historiador norteamericano, Daniel Jonah Goldhagen. Sobre el debate, puede consultarse Finchelstein, Federico (ed.): *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva: el debate Goldhagen*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

- 4 Por ejemplo, Browning, Christopher R.: “Jewish Workers and Survivor Memories: The Case of the Starachowice Labor Camp”, en *Nazi policy, Jewish workers, German killers*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000; también Browning, Christopher R.: “Survivor Testimonies from Starachowice: Writing the History of a Factory Slave Labor Camp” y “Survivor Testimonies from Starachowice: The Final Days”, ambos en *Collected Memories. Holocaust History and Postwar Testimony*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 2003, pp. 37-85.
- 5 Por ejemplo, Browning, Christopher R.: *The Path to Genocide*. Cambridge, Cambridge University Press, 1992 y Browning, Christopher R. (con contribuciones de Jürgen Matthäus): *The Origins of the Final Solution: the evolution of Nazi Jewish policy, September 1939 - March 1942*, Lincoln y Jerusalén, University of Nebraska Press y Yad Vashem, 2004.
- 6 Se utiliza aquí la denominación de “víctimas, perpetradores y testigos” acuñada por el eminente historiador del Holocausto Raul Hilberg, y adoptada por gran parte de los académicos dedicados a esa área de investigación.

Profundizando en este punto, el autor sostiene que el uso acrítico de los testimonios orales de sobrevivientes es casi tan irresponsable, para la reconstrucción histórica, como el hecho mismo de negarlos. Las memorias y los testimonios pueden ser —y, de hecho, en muchísimos casos lo son— contradictorios, imprecisos, conflictivos o equivocados; utilizarlos sin cuestionamientos lleva a que, irremediablemente, dejen de tener valor científico. Por ello, sostiene Browning, es necesario analizarlos, interpretarlos y utilizarlos de forma crítica y sopesada. Sólo de esa forma adquirirán —en el terreno académico— un status equivalente al de sus contrapartes escritas. En este punto cabe mencionar que la cuestión de la fiabilidad de las fuentes orales no fue menor en la concepción de este libro: Browning sostiene que habría sido el uso acrítico de testimonios orales lo que en la corte alemana terminó por exonerar a un criminal de guerra nazi, quien, de otra forma, hubiese sido encontrado, sin lugar a dudas, culpable. La búsqueda de un “lugar apropiado en el infierno de los historiadores” (p.2)⁷ para este sujeto fue lo que lo llevó a escribir el libro.

Pero, ¿de qué manera se puede indagar en —y luego escribir sobre— una serie de sucesos que tuvieron lugar décadas atrás, y muchas de cuyas memorias, además de contraponerse mutuamente, omiten determinados acontecimientos? La respuesta de Browning es la utilización de una metodología específica: buscar en el núcleo de la memoria colectiva, en los acontecimientos coincidentes, la vara para ponderar la valía factual de los testimonios. Precisamente en este aspecto es ideal el caso de Starachowice: otorga una cantidad inusualmente grande de memorias de víctimas del Holocausto para un sitio específico y un lapso de tiempo determinado. Los 292 testimonios de testigos presenciales sobrevivientes brindados entre 1945 y 2008, y que son sometidos a interpelación por Browning, provienen de fuentes muy ajenas entre sí, y se agrupan, principalmente, de la siguiente manera: interrogatorios judiciales llevados a cabo en Alemania en la década del '60, entrevistas realizadas en Israel (Yad Vashem en Jerusalén), en Polonia (Instituto Histórico Judío en Varsovia) y en Gran Bretaña (Biblioteca Wiener en Londres) y otras llevadas a cabo en Estados Unidos de América y conservadas en distintas instituciones de ese país (United States Holocaust Memorial Museum en Washington, Museum of Jewish Heritage en Nueva York, Fortunoff Archive en Yale, USC Shoah Foundation Institute en California), sumadas a

7 Todas las traducciones al español son propias.

varias efectuadas personalmente por el autor, amén de los testimonios recogidos por el memorial de la comunidad, que todavía se conserva. Asimismo, los soportes utilizados para la conservación de esas memorias variaron entre el audio, el video y las notas manuscritas.

La ingente cantidad de testimonios que ofrece el caso de Starachowice no es la única, ni siquiera la principal motivación del autor; se le agrega, por un lado, la escasa atención otorgada en la bibliografía del Tercer Reich y del Holocausto a los campos de trabajo de Polonia occidental; por el otro, y a pesar de su carácter excepcional debido a la prodigiosa cantidad de memorias conservadas, la posibilidad de utilizar a Starachowice como testigo referencial para comprender la situación general de todos los campos de trabajo en Polonia.

En otras palabras, lo que paralelamente Browning propone, y aun cuando este tercer emprendimiento no se adelante en el título de su obra, es una tangencial puesta en consideración de carácter general del sistema de campos de trabajo forzado que los nazis implementaron en Polonia, a partir de un estudio de microhistoria, basado en una exigua indagación y una puesta sobre el tapete de casi todos los elementos estructurales y de la vida cotidiana de una aldea y sus campos de trabajo.

El libro se organiza de forma tradicional, trazando, a lo largo de sus seis partes, la historia de la comunidad judía de Starachowice y la más antigua aldea vecina de Wierzbnik desde los años previos a la Segunda Guerra Mundial hasta su traslado al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau, culminando con algunas consideraciones de la etapa de posguerra, tanto acerca del devenir de los sobrevivientes como de las acciones legales tomadas en contra de los perpetradores del exterminio de los judíos de Starachowice. Asimismo, cada una de las partes está dividida en varios capítulos, los cuales problematizan sobre la vida cultural y estructura de la comunidad, las relaciones en su interior y el rol de los agentes responsables de su explotación y exterminio.

La primera parte, compuesta de seis capítulos, está dedicada a elaborar una imagen holística de la comunidad judía de Wierzbnik-Starachowice antes de, y durante la, invasión alemana. El foco está puesto en analizar y describir la vida comunal y privada de ese complejo demográfico, evocando sus realidades culturales, económicas, políticas, religiosas y sociales, intentando resaltar la profunda conmoción que todas estas sufrieron a partir del inicio de la guerra y la concomitante

ocupación, destacando las maneras en que la comunidad judía se adaptó a la presencia alemana hasta 1942, cuando fue destruida: sobrepoblación, inanición, trato cotidiano con las nuevas autoridades. La resolución de todos estos problemas, sostiene Browning, se encauzó por medio del trabajo: desde mayo de 1940, “El destino de los judíos de Wierzbniak había comenzado a relacionarse con la productividad y los beneficios de las fábricas locales confiscadas por los alemanes” (p.57). Con el tiempo, esta tendencia no iría sino en aumento. El régimen laboral al que se encontraban sometidos los judíos de este complejo productivo fue, sin lugar a dudas, la variable más importante en la ecuación supervivencia/anihilación de la comunidad judía de Starachowice. La memoria de los testigos, en esta primera fase, privilegió, ante todo, el recuerdo de la humillación y la brutalidad a la que fueron sometidos los judíos. Ocupan un lugar destacado en los testimonios de este período tanto los alemanes, sometedores de la comunidad, como el *Judenrat*⁸, intermediario entre la comunidad y los invasores, cuya función era administrar el gueto e imponer orden en el mismo, y de reunir la mano de obra y recolectar las cargas impuestas por los alemanes. Las opiniones respecto de los primeros fueron, en general, igual de negativas; en cuanto al segundo, se observa una amplia gama de sentimientos, que varían entre la valoración positiva y la impresión de que el órgano era funcional a, y cómplice de, los intereses nazis.

En la segunda parte, de tres capítulos, se analiza la destrucción del gueto de Wierzbniak en octubre de 1942, con el resultante traslado de 4000 judíos a las cámaras de gas de Treblinka, por un lado, y de 1600 a las fábricas de Starachowice, por el otro. Aquí, nuevamente, se llama la atención sobre el factor producción, y la posibilidad de sobrevivir, al menos temporalmente, a través del trabajo. El foco está puesto en evaluar, a través de los testimonios, el grado de conciencia que la comunidad judía tenía acerca de la destrucción, durante los meses anteriores a la liquidación de Wierzbniak, cuando otros guetos de Polonia ya habían sido exterminados. Asimismo, el autor busca elaborar una crónica fiel y detallada de los hechos particulares de la destrucción del gueto, cruzando diferentes testimonios, a fin de probar fehacientemente la responsabilidad de ciertos agentes nazis.

En los cuatro capítulos que componen la tercera parte, Browning discurre sobre los fatídicos

8 *Judenrat* es el nombre que se le dio, en alemán, a los consejos judíos que organizaban la vida económica, política, social y cultural de los guetos.

meses comprendidos entre el otoño de 1942 y la primavera de 1943, época caracterizada por la falta de una organización pragmática y productivista al interior de los campos de trabajo, y por la existencia de administradores y guardias corruptos y extremadamente crueles, indiferentes a las pésimas condiciones de salud de la comunidad e higiene de las instalaciones. Las memorias se centran, en esta fase, en las figuras de ciertos alemanes y, particularmente, de los guardias ucranianos y judíos, cuyo trato hacia la población cautiva era, según la mayoría de los testimonios, peor que el de los propios alemanes.

La cuarta parte, de ocho capítulos, abarca desde el verano de 1943 hasta la primavera de 1944, constituyendo según Browning una fase de estabilización. Ante todo, esta etapa se caracterizó por un cambio en las autoridades de los campos de Starachowice: la administración improductiva fue sustituida por un grupo de personajes mucho más racionales y pragmáticos. Esto se tradujo, según los testimonios, en un mejor trato hacia los judíos, puesto que estos fueron valuados, nuevamente, en su carácter de trabajadores y, en última instancia, de eslabones en el mantenimiento de la gravosa empresa de guerra llevada a cabo por la Alemania nazi. El comienzo de esta etapa coincidió temporalmente, sin embargo, con los planes de Heinrich Himmler de llevar a cabo la “destrucción del trabajo”, que significó la aniquilación casi total de la mayoría de los campos de trabajo de Polonia. Si bien el distrito de Radom (donde se localizaba Starachowice) logró evitar esta matanza, no quedó incólume a la tendencia marcada por el jefe de la SS, y fue testigo de numerosas ejecuciones de judíos, por lo menos hasta noviembre de 1943, cuando se dio por finalizada la política de Himmler. Por otro lado, esta sección del libro se ocupa de caracterizar, en un contexto de relativo equilibrio, las partes constitutivas de la estructura y la vida cotidiana al interior de los campos de trabajo: carácter del trabajo judío; economía, propiedad y alimentación informales, la relación cambiante —en la realidad y, ciertamente, en el tenor de los testimonios— con los guardias ucranianos y con la población polaca y, finalmente, el lugar que ocupaban los niños y las mujeres en los campos. El autor sostiene que en lo que a testimonios se refiere, este último tema es particularmente problemático de interpretar, ya que integra una cuantiosa suma de memorias reprimidas, tergiversadas o reinventadas, fruto de experiencias traumáticas o vergonzantes, tales como violaciones y abortos.

La quinta sección del libro, que cuenta con cinco capítulos, versa sobre la fase final de los

campos de trabajo de Starachowice: el cierre de los campos y el traslado de los prisioneros a Auschwitz-Birkenau. Estos acontecimientos tuvieron lugar desde julio de 1944, y coincidieron con la retirada de la *Wehrmacht* y el avance del Ejército Rojo sobre el territorio conquistado por el Tercer Reich. Browning comienza detallando las diferentes actitudes tomadas por la comunidad judía de Starachowice frente a las noticias de la inminente derrota alemana: la voluntad (nunca llevada a la práctica más que en casos aislados) de iniciar una revuelta y aliarse con los partisanos de la zona, los intentos de fuga y la, por cierto, insegura espera por la liberación de los campos de trabajo, la cual, por otro lado, nunca llegó. En esta primera fase, el autor desarrolla, con lujo de detalles, los sentimientos y las reacciones de las víctimas ante a las noticias del exterior y a la inminencia de la aniquilación, así como también las actitudes de los guardias alemanes y ucranianos, y de los partisanos y *outsiders* polacos, ante los intentos de fuga por parte de los judíos. En un segundo momento, Browning elabora una crónica del traslado de los judíos de Starachowice hacia las instalaciones de Auschwitz-Birkenau. Hace alusión a la irreproducible experiencia, registrada en diferentes testimonios, del viaje en los trenes, tanto con respecto a elementos objetivos (sobrepoblación de los vagones, insalubridad, falta de agua y ventilación), cuanto a las relaciones entre los judíos y algunos alemanes, a lo largo del trayecto de 225 kilómetros que separaban a Starachowice del notorio campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Finaliza con una breve descripción de los primeros momentos de la comunidad estudiada en ese infame establecimiento, de sus vivencias y de su suerte inmediata. A continuación, Browning hace un paréntesis para mencionar las experiencias de aquellos judíos que, mientras la vasta mayoría era trasladada a Auschwitz, lograron huir de los campos de Starachowice para unirse a los partisanos, esconderse en las inmediaciones o bien escapar hacia territorio soviético. Aquí fue de extrema importancia la asistencia que estos individuos recibieron —en la mayoría de los casos desinteresadamente— de los polacos particulares; y esto se contrasta con la imagen extendida entre la comunidad judía, de los polacos como poco proclives a prestar ayuda.

La sexta y última parte del libro, de dos capítulos y una breve conclusión, se ocupa de los acontecimientos posteriores a la finalización de la Segunda Guerra Mundial y la liberación de los campos de exterminio. En el primero de estos capítulos, se relata el derrotero de los judíos de

Starachowice durante los últimos meses de guerra (la evacuación de Auschwitz y las subsiguientes marchas forzadas), así como en los primeros meses de posguerra. Aquí, sostiene el autor, es donde Starachowice vuelve a mostrar su carácter particular: a diferencia de otros distritos cuyos pobladores también fueron enviados a Auschwitz, alrededor de la mitad de los judíos de Starachowice sobrevivieron al más letal de los campos de exterminio. Esto se tradujo, casi necesariamente, en una mayor cantidad de testimonios disponibles para reconstruir los coletazos finales del régimen nazi y su maquinaria de la muerte. Las memorias, en esta fase inmediatamente posterior a la guerra, se dividen entre aquéllas de los que intentaron, fútilmente, regresar a sus hogares, y quienes emigraron a Canadá, Estados Unidos o Israel. Los primeros se vieron enfrentados con ciertos sectores polacos nacionalistas, revanchistas, o bien frontalmente ventajistas, culminando, en ocasiones, en el asesinato de judíos a manos de nuevos verdugos.

En cualquier caso, sostiene Browning, “La vida judía en Wierzbnik-Starachowice estaba acabada, y el último judío en morir allí no fue asesinado por los nazis, sino por polacos” (p.268). El penúltimo capítulo del libro, por otro lado, se ocupa de las investigaciones y los procesos de posguerra llevados a cabo en Alemania, y del problema que para el enjuiciamiento de los responsables suponía la jurisprudencia local, que había permanecido en gran parte inmaculada con respecto a la de la época del nazismo, así como la negativa, de parte de muchos tribunales, a basar sus decisiones en las memorias de testigos, antes que en documentos oficiales.

Finalmente, concluye Browning, el estudio microhistórico de las experiencias judías, visto desde la perspectiva de los múltiples testimonios de las víctimas, nos otorga una imagen amplia, a la vez que detallada, de las relaciones y los actores del gueto, la cual nos permite sumergirnos en la vida del mismo, haciendo de él, a la vez, una prueba material del acontecer de los campos de trabajo en la Polonia ocupada.

La comunidad judía era heterogénea, y también lo eran las sensaciones que, en su interior, había respecto de los perpetradores de “su” Holocausto. Si bien, en tanto grupo, fueron apuntados y objetivados como unidad, por los nazis, los elementos que los diferenciaban entre ellos determinaron una dinámica interna, un derrotero y posibilidades de supervivencia particulares (en este caso, para Starachowice), lo que redundó, luego, en una cantidad para nada despreciable de memorias, sobre las que se basó este libro.

Sometiendo a interpelación el contenido de cada una de las partes que componen este libro, podemos acordar en que su título no otorga más que lo que promete. En este sentido, estamos ante una obra que, no por omitir el aspecto estructural y macrohistórico del Holocausto (tema que, por lo demás, ya fue tratado por el autor en otras oportunidades), deja de ser importante. Por vía de una prosa magnífica otorga una imagen sumamente elaborada y exhaustiva de un caso particular, el cual es tanto más significativo cuanto que fue infravalorado en estudios anteriores, más allá de la prodigiosa cantidad de fuentes que pone a disposición. Este hecho es sintomático del estado en que se encuentra la investigación académica y del problemático rol que cumple la historia oral, particularmente en el Holocausto, y es propuesto por Browning como tema paralelo (aunque equivalente en importancia) al de la historia de los campos de trabajo de Starachowice. Los testimonios de posguerra suponen múltiples desafíos, así sean de víctimas o bien de perpetradores. Si se puede llevar a cabo, como el propio Browning hizo ya, una historia del Holocausto a partir de las memorias de los perpetradores (basadas, ante todo, en mentiras), aún con objeciones al método empleado por el autor, pero, bien o mal, nunca oponiéndose a la empresa en sí, ¿por qué —pregunta el autor— deberíamos desechar la posibilidad de hacer una historia a partir de los testimonios de individuos que, más allá de todo, intentan decir la verdad? Los tribunales alemanes, claramente, no estuvieron a la altura de solucionar este dilema y, ya fuera por comodidad, formalismo u otro tipo de reservas, se restringieron, ampliamente (aunque con excepciones), a los documentos escritos, lo cual redundó en una justicia, en el mejor de los casos, incompleta.